



GLORIA M. COMESAÑA S.
LUZ - MARACAIBO

ENSAYOS EN TORNO A LA "CONDICION FEMENINA"(*)

(*) Colocamos "condición femenina" entre comillas porque no la consideramos producto de un designio de la naturaleza sino consecuencia histórica de una política socio-cultural arbitraria, la política del patriarcado que se acentúa en el capitalismo. El socialismo y el marxismo aún con todas las carencias que encierran con respecto a la comprensión de la problemática de la mujer, son doctrinas liberadoras también para ellas. Otra cosa son los "socialismos reales" más o menos cerca unos y otros de la solución al problema de la opresión femenina y todos aún lejos de resolverlos, debido al predominio universal del régimen patriarcal y a los elementos del capitalismo que aún subsisten en ellos.

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSOFICOS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACION

A MODO DE INTRODUCCION

Los trabajos que a continuación se presentan son el producto de nuestras reflexiones e investigaciones en el campo de la militancia feminista y representan parte de nuestro esfuerzo por proporcionar un sólido marco al feminismo venezolano. Su hilo conductor es en todos los casos la necesidad de señalar las estructuras socio-económicas e ideológicas que subordinan a la mujer y la someten a la opresión patriarcal aún en las sociedades supuestamente revolucionarias.

Todos fueron escritos entre 1977 y 1981 y publicados previamente en la revista VOZ FEMINISTA, órgano de la Liga Feminista de Maracaibo y en el periódico Panorama de esta ciudad.

1. EL MACHISMO, IDEOLOGIA NEFASTA

El machismo es un mal que afecta gravemente nuestro país, impidiendo el auténtico desarrollo de los individuos y alienando, aunque de forma muy diferente, tanto a las mujeres como a los hombres. Aunque debe reconocerse esto, no puede negarse que la mujer sufre en el más alto grado las consecuencias de la opresión machista, y que como ocurre en todas las formas de opresión, ella (el oprimido) es uno de los pilares de transmisión de la ideología del machismo.

Ahora bien, ¿cuál es el origen de la actitud machista? . . . Es ésta una cuestión a la que no podemos responder sino muy brevemente en los límites del presente artículo. A pesar de ello; trataremos al menos de desentrañar la estructura de base del machismo y provocar así la reflexión del lector.

Todo individuo humano necesita afirmarse como conciencia de sí y para ello necesita de un otro, otra conciencia individual y semejante a la suya que le reconozca como tal. Por razones que ahora sería largo detallar, dicho reconocimiento no se obtiene, como podría esperarse, por reciprocidad, sino que es el resultado de un enfrentamiento, de alguna forma de lucha en que una de las conciencias acaba por reconocer a la otra sin ser reconocida a su vez. Aún cuando no nos adherimos a ella integralmente, la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel nos ofrece un buen análisis de este enfrentamiento entre las conciencias. En cuanto al por qué de dicho enfrentamiento y su conclusión en

una desigualdad de las conciencias, nos parece más acertada la respuesta de Sartre, quien ve en la alteridad así entendida el producto de la rareza.

Los individuos luchan y se enfrentan porque en el mundo no hay suficientes bienes para satisfacer las necesidades de todos. La escasez (rareza) estaría así en el origen de la lucha entre semejantes y la "alteridad de semejantes" se convertiría así en la "alteridad de extraños" o enemigos.

Por su doble alteridad, en tanto que individuo otro y en tanto que biológicamente diferente, la mujer se convirtió para el hombre en el Otro por excelencia, en la conciencia extraña a partir de la cual él, el macho, se afirma en toda impunidad. Porque si bien el intercambio de papeles entre el que reconoce y el que es reconocido es posible, dicha inversión no se produce entre el hombre y la mujer.

En efecto, esta doble alteridad que hemos mencionado se establece sobre fenómenos muy concretos: la "servidumbre a la especie" a la que en otros tiempos la maternidad condenaba a la mujer y las relaciones sentimentales tan complejas que unen a los sexos. Todo ello, revestido de un sentido que originalmente no tiene y valorizado arbitrariamente por la cultura, favorece la reclusión de la mujer en el campo de la extrañeza y la alteridad radicales. Así pasa ella a representar el conjunto de lo que es otro para el polo a partir del cual todo es pensado y definido: el hombre-macho, quien entonces se afirma sobre ella como el detentor de la verdad.

A partir de allí, el hombre constituye una sociedad por y para el hombre, de la cual la mujer forma parte sólo como marginal (aún cuando sabemos en qué medida los marginales de una sociedad son importantes para su subsistencia).

Es pues ése enfrentamiento y lucha entre las conciencias, producto de la necesidad de cada una de afirmarse como conciencia de sí, la estructura que se encuentra en la base de la ideología y el modo de vida machista.

A partir de allí y recubriendo esta estructura sin conocerla, el machismo se afirma con todas sus características y secuelas, que aquí no haremos sino enumerar.

El "macho" de nuestra cultura debe ser un hombre físicamente fuerte, dominante y autoritario; él se impone por su mera pertenencia al sexo masculino. La inteligencia tiene aquí poco que ver. El macho mide su virilidad por la longitud y el diámetro de su pene y por su capacidad para reproducirse. El macho es inestable y conquistador y su sed de aventuras nuevas queda justificada por la alusión a una "sexualidad imperiosa" que sólo puede apaciguarse bebiendo constantemente en nuevas fuentes. Esa misma "incontrolabilidad" del deseo sexual, cuyo libre goce se niega al mismo tiempo a la mujer, es igualmente considerada como medida de virilidad.

El honor y la dignidad del macho no residen primordialmente en él mismo, sino en las mujeres que los lazos legales o de la sangre han unido a él: madre, hermana, esposa, hijas y hasta la típica "novia". A esas mujeres las respeta, las pone en un altar y les exige un comportamiento en consecuencia.

En cambio, él puede hacer de todo porque es hombre, sin discusión. Con las otras mujeres él se divierte y se "desahoga", condenándolas a ser presas virtuales de su voracidad. Sólo respeta a las mujeres propias y en el mejor de los casos a las mujeres de los amigos. Porque para el macho, la amistad (entiéndase amistad de otro macho) es sagrada. Ella pesa antes que todo. Solidaridad masculina obliga, mientras las mujeres están aisladas y separadas unas de otras por sus machos respectivos.

Otra característica del machismo, derivada de las anteriores y quizás la más grave de todas, es la irresponsabilidad total y crónica de que hace prueba el "macho" típico. Nuestro país, que posee el más alto índice de hijos sin padre en América Latina, es un vasto ejemplo de ello. A lo sumo, el macho se cree obligado a contribuir en bienes materiales a la subsistencia de sus hijos, dejando el resto de los deberes a la mujer.

Todo esto es el resultado de una ideología, instaurada en sistema de vida, que hace de la mujer la única culpable o responsable de las relaciones sexuales o afectivas entre los sexos, consagrándola como guardiana y ejecutora de todos los valores que el macho considera deseables, pero que él se guarda muy bien de poner en práctica.

Hasta aquí nuestra somera enumeración de las características del machismo. A manera de conclusión debemos decir que esta estructura, que hemos descubierto en su base, si bien lo explica no por ello lo justifica. Porque no conduce necesariamente a él. Sin la suma de circunstancias que hemos mencionado más arriba, la mujer no habría tardado en invertir los papeles, instaurando una alternancia de las conciencias en que cada una fuera a su turno dominador y dominado (si quiere hablarse en esos términos).

Pero hoy en día esas circunstancias han cambiado y el machismo está condenado a desaparecer. Con más o menos fuerza, lentamente o con la rapidez de una iluminación, la mayoría de las mujeres toma conciencia de sus derechos y deberes, exigiendo el acceso pleno a la humanidad, que hasta ahora les ha sido negado. Dentro de esta línea se sitúa el combate de las feministas y de todos aquellos que las apoyan.

2. FEMINIDAD, MASCULINIDAD: ROLES FABRICADOS

Cuando Simone de Beauvoir en su obra "El Segundo Sexo" afirma: "No se nace mujer, se llega a serlo", no solamente enuncia una de las ideas claves que animan al movimiento feminista, sino que además expresa en una frase compacta, una realidad que no puede ser negada: es la educación la que "hace" a las mujeres y a los hombres tales como son.

No hay escapatoria posible: desde que nacemos y se descubre nuestro sexo biológico, se nos atribuyen nuestros roles, se nos enseña a ser hombre o mujer. Desde tiempos ancestrales la sociedad ha establecido el papel que

corresponde a cada sexo. La mujer debe ser tierna, sumisa, pasiva, coqueta, abnegada, con gran poder de intuición, débil y dependiente, etc. En cuanto al hombre, le corresponde prácticamente lo contrario: en él deben predominar la razón y el espíritu de lucha; debe ser dominante, activo, autoritario, fuerte, etc. Los patrones clásicos de lo que "deben ser" una mujer y un hombre son bien conocidos por todos y constantemente aplicados en la vida cotidiana.

Desde que el individuo nace se le empieza a manipular. Las caricias, la manera de dirigirse al bebé, las atenciones que se le prodigan, varían, a veces casi imperceptiblemente, según que el bebé sea niño o niña. Más tarde, el "adiestramiento" para el rol masculino o femenino se hace más sistemático y por ello más constrinvente. Bajo una presión cada vez más fuerte, ejercida no sólo en el hogar, sino a través de todo el conjunto social (escuela, amigos, familiares, medios de comunicación social, etc.) el individuo aprende, cueste lo que cueste, a doblar su libertad y conformarse a su papel.

Es así como la niña se acostumbra a ser modosa y delicada, a no tener juegos violentos, a depender del otro sexo, a utilizar sus encantos, a considerarse como futura madre y esposa (al servicio de un hombre) etc. Por su parte el niño se habitúa a no llorar, a ser "valiente" y arriesgado, a hacer uso de su fuerza siempre que puede, a ser "condescendiente" (es decir galante) con las mujeres, a ser responsable e independiente de los demás, para llenar luego a la perfección el papel que le "corresponde" como padre y "sostén" de la familia, etc.

Y toda esta manipulación es tanto más fuerte y por ello más alienante, cuanto que ella se **ejerce** y se **sufre** casi inconscientemente. Todo intento de rebeldía por parte de aquellos individuos que no quieren someterse a los patrones establecidos de la "masculinidad" y la "feminidad", es rápidamente sofocado antes de que pueda desarrollarse realmente y convertirse en una verdadera toma de conciencia. Así desde pequeños, somos obligados a ajustarnos a las normas y reglas establecidas para nuestro sexo y sofocar en nosotros toda tendencia que no corresponda a la imagen que la sociedad nos presenta como ideal.

La situación que analizamos se hace más grave aún por el hecho de que la diferenciación de los roles sexuales comporta una apreciación de valor. Como es de toda evidencia, son las características masculinas las que se consideran como positivas y deseables, mientras que todas las características atribuidas a las mujeres son menospreciadas y consideradas como inferiores o negativas. De todo ello se deriva para la mujer una situación de desventaja absoluta en todos los niveles del aparato social, y esto contribuye a mantener la idea de una supuesta inferioridad "natural" que justificaría su dominación por parte del hombre y su completa sumisión y dependencia con respecto a él. Sin embargo, tal como venimos mostrando, esta situación no es natural sino más bien producto de la organización social creada por el hombre, en detrimento y a expensas de la mujer.

Contra todo eso las mujeres debemos rebelarnos las primeras, puesto

que somos las más perjudicadas. Es necesario ante todo exigir que se elimine toda consideración valorativa cuando se habla de características humanas. ¿Por qué hemos de aceptar por ejemplo, que el término **viril** sea un adjetivo con valor altamente positivo, mientras que términos como **femenino** o **afeminado** implican más bien inferioridad o menosprecio? Es preciso que se reconozca que las cualidades no tienen sexo. Ninguna cualidad es privilegio exclusivo del hombre o de la mujer, y si a veces podemos observar que algunas de ellas pueden encontrarse en mayor grado en uno u otro de los sexos, ello es debido a la educación y el condicionamiento, y no a un supuesto "estado natural".

Las mujeres de hoy no debemos desaprovechar ninguna oportunidad de rebelarnos contra esta situación. Nuestra lucha debe ser constante y sistemática, llevada hasta los mínimos detalles de la vida cotidiana, a fin de rechazar el papel secundario y sin relieve que se nos ofrece, la imagen subordinada y pasiva que se nos propone como ideal a imitar. En forma organizada (porque sólo la unión hace la fuerza), debemos perseguir la ideología capitalista y patriarcal que reduce a las mujeres a posiciones siempre inferiores y dependientes. La educación tradicional ha de ser reemplazada por una educación en libertad y para la libertad, sin distinción de sexos. Sólo así lograremos un mundo justo y realmente humano, en el cual cada individuo sea respetado y ocupe el lugar que ha elegido sin discriminación de ninguna especie.

3. SER MADRE NO ES UNA OBLIGACION

No estamos acostumbrados a poner en cuestión la maternidad, ya que en general se la acepta como la función natural de la mujer y se la sacraliza hasta tal punto que toda consideración crítica acerca de ella choca contra un muro de prejuicios e ideas hechas, cuando no reacciones abiertamente hostiles y en todo caso emocionales.

Sin embargo, el ser madre no se desprende de por sí del hecho de ser mujer. A pesar de su pertenencia al género animal, el hombre no es únicamente un animal, sobre todo una vez que el mundo de la cultura que él ha creado, rehace y hace el mundo natural. El criterio de lo natural o bien ya no es aplicable al hombre y a sus construcciones o bien hemos de aceptar que todo lo que el hombre hace e inventa es natural.

La mujer por sus condiciones biológicas puede ser madre. (Enorme e importantísimo poder, clave de la permanencia humana sobre el planeta! Sin embargo, este poder maravilloso (y utilizo aquí el término poder también en su acepción política) se ha vuelto contra ella en una gran medida y se ha convertido en una de las razones de su opresión. Si bien se ha alabado y glorificado hasta el extremo la función maternal, todas las bellas palabras con las que se la define quedan siempre sobre el papel o se pierden en el aire, mientras el ser

femenino de carne y hueso, la mujer real, es menospreciado y reducido a una función biológica (la reproducción y por ende los trabajos domésticos de reproducción también) que en lo concreto, es ella misma igualmente desvalorizada y constituida en elemento de dependencia.

Es preciso que la mujer reconsidere íntegramente y sin dejarse influenciar por nada ni nadie, su capacidad de "dar a luz", traer hijos al mundo. Hay que demistificar y desacralizar la maternidad, insistiendo sin embargo en el poder que la mujer posee al tener la posibilidad, la potencia de procrear.

La mujer no es una "máquina de hacer niños", un animal reproductor, de la misma forma que el hombre no es un semental. Tener un hijo, traer un nuevo ser a este mundo es una responsabilidad, debe ser el producto de una decisión personal tomada después de madura reflexión y no el resultado inesperado y muchas veces indeseable del azar.

No toda mujer desea, por el hecho de serlo, ser madre. Hasta no hace mucho, esa era la vía por la cual, a través del matrimonio, todo (familia, sociedad; educación, etc.) orientaba a la mujer, por no decir que muchas veces la llevaba a la fuerza. Hoy, cuando ya se ha reconocido (al menos en teoría) que la mujer tiene derecho a realizarse de otra forma que como madre y esposa, la maternidad debe cobrar también su auténtico relieve. Ser madre no es una obligación, es una decisión, la asunción de un poder y de una responsabilidad. La mujer debe poder decidir si quiere o no tener hijos, cuántos, cómo y cuándo.

En todo otro caso, hablar de libertad de la mujer no es más que una falacia, una simple y llana mentira, aunque se la arroje de hermosos discursos y promesas. Si realmente queremos vivir en una sociedad libre, la libertad de la mujer pasa para ella por la apropiación que ella debe hacer de su cuerpo y de todas sus funciones. Y la sociedad debe proporcionarle los medios para que eso se haga realidad. La responsabilidad maternal debe ir a la par con la asunción por el hombre, de la misma forma de la paternidad. Procrear, para el ser humano, ya no es un simple acto natural, es un acto cultural que afecta a la sociedad entera. Y no solamente el hombre debe hacerse cargo, junto con la mujer, de **todas** las "cargas" y obligaciones que implica el cuidado de los hijos, sino que el ámbito social debe asumir también, a través de organismos adecuados, una parte de estos cuidados, aligerando así el peso que esto supone para quien se ocupa de ellos (por ahora sólo la madre) y permitiéndole consagrarse así también a todos sus otros intereses. El hijo no debe representar una renuncia o el sacrificio de otras posibilidades. En la medida en que los poderes públicos asuman también sus responsabilidades (guarderías infantiles bien dotadas, maternales, escuelas, hospitales, centros recreacionales, etc.) esto será realidad. Si se quiere "hijos para la Patria" debe proporcionarse las condiciones más favorables para quienes toman la decisión de procrear. Para concluir, añadiremos dos ideas más. Puesto que tener hijos debe ser el producto de una decisión, es preciso sacar a flote las razones por las cuales se

desea un hijo. La mayor parte de las veces, el hijo no sirve sino para colmar una brecha, se le busca por razones egoístas, en donde el sentimentalismo actúa generalmente como trampa. Pocas veces el niño es deseado por sí mismo, viendo en él el futuro ser libre y autónomo que desde el principio debía ser educado para la independencia. Por ello hay tantos hijos y por ende tantos padres desgraciados e incapacitados para vivir el vínculo filial como una ocasión de plenitud.

Por último, recordemos que "el día de la madre" (como el día del padre) es una idea de comerciantes. Esa mujer a la que halagamos y regalamos ese día es madre (y a través de cuántos sacrificios actualmente) todos los días.

4. FEMINISMO: REFLEXIÓN Y LUCHA

En nuestro medio, el término **feminista** despierta las más variadas y a veces absurdas reacciones. Lo mismo ocurre cuando se habla de liberación femenina. Dejándose llevar por sus prejuicios o por su falta de información, muchos reaccionan en forma negativa y agresivamente, imaginando grupos de mujeres frustradas o dedicadas a luchar por tomar el poder y someter a los hombres. Hay quienes confunden liberación de la mujer con una falsa liberación sexual, (que finalmente la oprime aún más y sigue favoreciendo al sistema reinante), imaginando detrás del término feminista los peores excesos y desviaciones. No faltan tampoco los que confunden feminismo con "odio a los hombres" (y a estos sería bueno recordarles que si bien existe la palabra misoginia para indicar el "odio a las mujeres", no existe una palabra correspondiente para indicar "odio a los hombres". Esto es de por sí ya muy significativo).

A lo largo de la historia los hombres se han planteado siempre como sujetos dominadores, considerando a la mujer como un objeto destinado a su placer y servicio. Encerradas en los hogares, separadas unas de otras y alentadas a considerarse entre sí como rivales o enemigas, las mujeres no han existido nunca como grupo consciente de sus problemas y situación comunes. Si ahora empiezan a unirse, a reconocerse solidarias y a organizarse en un movimiento autónomo que expresa sus reivindicaciones, ello no se debe a un sentimiento de odio o rechazo del hombre, sino a la necesidad de exigir sus derechos y lograr su propia liberación. Organizadas en grupos feministas, las mujeres luchan por conseguir un mundo sin discriminaciones, un mundo en el cual ambos sexos tengan desde el principio las mismas oportunidades a la vida en el cual las relaciones entre los individuos no se expresen en términos de poder y dominación.

Algunas mujeres, que en principio están de acuerdo con las ideas feministas, no ven la necesidad de organizarse y luchar junto con otras mujeres,

porque, según ellas, ya están liberadas. Pero el problema de la opresión de la mujer no es únicamente individual, sino además y sobre todo social. Nadie puede liberarse de verdad aisladamente, y en un momento o en otro, el peso de la mentalidad tradicional y de las estructuras sociales que nos dominan se hace sentir, con todo lo que ellas tienen de adverso y de discriminador para la mujer. Para no dar más que un ejemplo: mientras nuestro sistema jurídico siga conteniendo leyes que desfavorecen a la mujer y la colocan a merced del hombre, ninguna mujer puede considerarse liberada, por muy lejos que haya logrado llegar en sus realizaciones personales.

La situación de subordinación que desde hace siglos sufre la mujer, se da a escala social, es en cuanto grupo que las mujeres son oprimidas, y sólo actuando en forma solidaria y organizada lograrán cambiar su condición. Esta condición de opresión y dependencia afecta constantemente la vida de cada mujer. Desde la cuna hasta la tumba, su vida es infinitamente más dura que la del hombre, que ha organizado el mundo exclusivamente en función de sí mismo.

No es este el momento de extendernos a explicar cómo y por qué, y en qué momento de la historia, el sexo masculino se ha atribuido todo el poder y ha relegado a la mujer al rango de objeto. Bástenos con señalar que esta situación no es producto de la naturaleza, sino de la Historia. No es la biología la que oprime a la mujer sino la cultura, la interpretación arbitraria que el hombre realiza de los datos naturales, de por sí neutros. Pero sí queremos hacer aquí un breve recorrido a través de los aspectos más resalantes de lo que podríamos llamar la condición femenina actual, y señalar ciertos ejes de lucha.

Violencia contra la mujer

La mujer es agredida constantemente, en las formas más diversas y a todos los niveles del aparato social. Desde el insulto callejero, a veces disfrazado de pliego, hasta los maltratos físicos y la violación (a veces en el mismo seno del hogar) el hombre descarga a diario su odio sobre la mujer, víctima por excelencia por cuanto ella es para él lo Otro, diferente y misteriosa ya que desconocida (pero nunca se ha tomado la molestia de conocerla, de prestar atención a su identidad, sino que le ha impuesto una, obligándola a corresponder a una imagen falsa de una supuesta "Femineidad").

La violación es el crimen ejemplar contra la mujer. El odio y el temor que ella inspira al sexo masculino aparecen concentrados en ese acto eminentemente destructor. Hay que denunciarlo de una vez por todas: La violación no es un acto placentero para la mujer, ni el producto de la sexualidad incontrolable del hombre; la violación es un acto de destrucción, es un crimen a través del cual el hombre pisotea la dignidad humana en la mujer, hiriénola en su intimidad; no se trata para el hombre de gozar a través de una violación, sino de mostrar su poder, de imponerse. En esta típica agresión del hombre a la mujer aparece pues en forma descarnada la estructura política, la estructura

de poder y dominación que rige las relaciones entre los sexos.

Y lo más grave de todo esto, es que la mayor parte de las relaciones sexuales "normales" son vividas conforme a esta estructura guerrera, en donde se cree que hay que buscar vencedores y vencidos. El sexo, uno de los más auténticos y elevados modos de compenetración entre los seres, ha sido así rebajado al rango de "batalla", y utilizado no para comunicar con el otro, sino para dominarlo.

El fenómeno de la "doble moral"

Otro rasgo que determina la condición femenina es la **doble moral**: No se pesan las acciones de un hombre y las de una mujer de la misma manera. El mismo acto, que realizado por el hombre es aceptado y hasta alabado, puede recibir las mayores censuras cuando lo realiza la mujer. Todos los códigos son más estrictos para con el sexo femenino. Parece como si las normas éticas y morales hubiesen sido creadas sólo para éste. El fardo de la culpabilidad individual y social es descargado exclusivamente sobre los hombros de la mujer. Esto se aplica en forma aguda a todo lo tocante a la sexualidad. Mientras el hombre puede vivir impunemente todo tipo de aventuras, aún las más sórdidas, el menor acto por parte de la mujer recibirá las mayores recriminaciones, críticas e insultos.

A partir de allí, para justificar esta doble moral y encadenar más fácilmente a la mujer, se han creado una serie de mitos en torno a su sexualidad, que sería, dicen, pasiva, receptiva, poco exigente e inclinada a la monogamia. Numerosas obras científicas han concurrido ya, felizmente, a desvirtuar todas esas patrañas. Y han contribuido a revelar la necesidad de nuevos patrones de conducta, iguales para ambos sexos.

Liberación económica de la mujer

A pesar de su promoción en el plano profesional y del trabajo en todos sus niveles, la mayoría de las mujeres sigue dependiendo económicamente de un hombre. Este es uno de los factores más importantes en la situación de sumisión que vive la mujer. Reducida al hogar y mantenida por el hombre, ella queda completamente a sus expensas.

A ello debe añadirse la desvalorización del trabajo de la mujer en el hogar. Las labores domésticas, mecánicas y repetitivas, no son, se dice, "productivas", sino de mantenimiento. Concurren a conservar la vida, a reproducir la fuerza de trabajo. Pero, ¿se ha pensado en lo que ocurriría si todas las "amas de casa" del país se cruzasen de brazos y se negasen a trabajar? El colapso económico sería enorme. Y sin embargo, se resta mérito y dignidad a esta labor que se exige gratuitamente a las mujeres, invocando el amor a su "naturaleza femenina". ¿Como si el hecho de ser mujer la hiciese más apta para manejar la escoba y preparar la comida? Es preciso pues revalorizar la labor de la mujer en el hogar, exigir que se reconozca su necesidad e importancia y su derecho a una remuneración. La mujer que trabaja en el hogar no

es "mantenida" por el hombre, ella se gana el derecho al dinero que comparte con él.

A pesar de lo anterior, no cabe duda de que esa situación no es ideal. Creemos que toda liberación pasa obligatoriamente por la total independencia económica, y así se hace necesario el acceso de todas las mujeres a una formación profesional que les permita incorporarse directamente a la economía nacional y alcanzar su total autonomía financiera. No hay que olvidar que la sumisión se impone más fácilmente a quien depende de otro para subsistir. Las labores del hogar deben desaparecer como carga mediante su socialización, y mientras esto no se produzca, deben ser compartidas por todos los miembros de la comunidad familiar y conyugal.

Liberación afectiva de la mujer

La liberación de la afectividad femenina tiene tanta importancia como su liberación económica. La opresión de la mujer se hace a veces más difícil de analizar, debido a la compleja relación emocional y afectiva que puede establecerse entre ella y su opresor (el hombre del cual depende). No cabe duda de que durante siglos el chantaje sentimental ha sido utilizado con éxito para mantener a las mujeres en su rol subordinado, reducidas a ocuparse únicamente a las labores del hogar, de su marido e hijos "por amor". A la mujer se le enseña desde niña a olvidarse de sí misma para entregarse abnegadamente a los cuidados domésticos. Sus deseos íntimos, su propia personalidad de y su posibilidad de desarrollarse plenamente no cuentan. Hasta su apellido pierde al casarse y pasa a ser "la mujer de...". Es preciso pues, que en medio de todo esto ella aprenda a distinguir cuáles son sus derechos, y no permita que se confunda la explotación de su persona con los más elevados y auténticos sentimientos. El verdadero amor no debe esclavizar y destruir la propia identidad, sino hacernos realmente libres y conducirnos a una mayor realización.

En el plano sexual la mujer ha estado siempre alienada. Se podría decir que la sexualidad es el punto clave en donde podemos detectar la opresión en su forma ejemplar. Ya hemos criticado la relación sexual concebida como lucha, y las concepciones erróneas acerca de la sexualidad femenina.

Durante siglos, la sexualidad de la mujer se enfocó en función de la del hombre, viendo en ella simplemente un "receptáculo" o a lo máximo una "respuesta" a la iniciativa masculina. Numerosas obras en los últimos decenios (investigadores como Masters y Johnson; Shere Hite) han estudiado la sexualidad de la mujer en sí misma, acabando con los antiguos mitos y mostrando que ella es sexualmente tan activa, potente y agresiva (quitándole a este término su carácter de violencia) como el hombre y (hasta podemos decir que más que él), y que experimenta al igual que éste necesidades sexuales que tiene el derecho de satisfacer.

Aparentemente nadie niega hoy en día estas verdades, y hasta hay quien se aprovecha de ellas para forzar a la mujer a relaciones que ella no desea. (En

este sentido hay una falsa liberación sexual alimentada entre otras cosas por revistas como Cosmopolitan. Para estar "en la onda", muchas mujeres se lanzan a relaciones que en realidad no desean sostener o que no las satisfacen verdaderamente).

Sin embargo, aún muchos obstáculos impiden que la mujer alcance su libertad en este plano. El control de la reproducción no se haya en sus manos, está completamente desposeída de su cuerpo, privada de un real poder de decisión en lo que a la maternidad se refiere. Por ignorancia, o por falta de medios de decisión, la mayoría de las mujeres sigue viviendo la maternidad como una fatalidad producto del azar, todo ello endulzado a veces por la resignación y el chantaje sentimental.

Para cambiar esta situación se precisa una buena educación sexual desde la infancia, y el facilitar un verdadero acceso de todas las mujeres al control de su fecundidad mediante la difusión de los métodos anticonceptivos. Aquí es preciso tocar también el polémico tema del aborto. Pese a todas las prohibiciones, las mujeres han abortado siempre en el mundo entero, generalmente en dramáticas condiciones producto de la clandestinidad, y nuestro país no es la excepción. No todo el mundo posee los medios económicos que le permitan salvar sin riesgos el obstáculo de la ley. Como siempre, las clases humildes son en este caso las sacrificadas.

Por otra parte, en el estado actual de desarrollo de la ciencia en lo tocante a la anticoncepción, es aún mucho lo que falta por hacer para lograr que los métodos anticonceptivos sean cien por ciento eficaces. Pese a su empleo, pueden presentarse embarazos no deseados. Para enfrentar ese problema, y para acabar con la tragedia del aborto clandestino, es preciso legalizar el aborto. Realizado en las condiciones sanitarias y médicas adecuadas, el aborto es un acto clínico simple, que puede realizarse sin que sea necesaria la hospitalización de la persona. (Método Karman, poco conocido entre nosotros, precisamente por la negativa de los mecanismos de poder, de enfrentar este problema con honestidad y justicia. Así quiere conservarse este problema envuelto en los velos de la tragedia y el misterio).

Cuando hayan sido superados todos los obstáculos que le impiden decidir de su destino en lo tocante a la reproducción, y sólo entonces, podemos afirmar que la mujer es libre, y que en lo tocante a la función maternal, puede asumir su fecundidad con verdadera responsabilidad. Lo mismo puede decirse del padre. Y podría añadirse: sólo es feliz un niño plenamente deseado.

La imagen de la mujer en los medios de comunicación social

La mujer es igualmente desposeída de sí misma, alienada y agredida, por un sistema que la transforma en objeto, en cosa destinada únicamente al placer del hombre, sumisa, pasiva y tonta. Es esa la imagen de la mujer que nos ofrece a diario todos los medios de comunicación social, y lo que por ende

vamos reflejarse en la mayoría de las relaciones cotidianas entre hombres y mujeres. Es preciso acabar con esta forma sutil de violencia que se ejerce sobre la mitad femenina de la población y que la degrada al rango de la materia inerte, de lo utilizable. Debemos estar muy conscientes del daño que esta falsa imagen de la mujer causa en las mentalidades (tanto de los hombres como de las mujeres), y exigir que se promulguen leyes que sancionen toda publicidad, programa, texto, etc. denigrantes para la mujer.

Leyes discriminadoras

Y ya que de leyes hablamos, es bien conocido de todos que el sistema jurídico venezolano es completamente discriminador para la mujer. Para la ley ella es una menor, dependiente e irresponsable, sometida en todo a la tutela del hombre y castigada más duramente que él por los mismos delitos. A la multitud de mujeres abogadas, jueces, etc., preguntamos: ¿Para cuándo la transformación de este estado de derecho?

Educar para la liberación

Por último debemos insistir sobre una idea fundamental. Prácticamente todas las diferencias entre los sexos excepto las biológicas, son producto del condicionamiento (de siglos) y de la educación. Es preciso tener esto muy en cuenta si se quiere cambiar las cosas. Las mujeres, que por el momento tienen en sus manos casi completamente la educación de los niños, deben estar muy conscientes de esto, y evitar que sigan transmitiéndose los viejos patrones de conducta que nos han llevado a la perpetuación de la condición de opresión que vive el sexo femenino. Este campo, el de la educación de los niños para la igualdad, reviste gran importancia dentro de la lucha por la liberación de la mujer.

A manera de conclusión

Hemos querido hacer aquí un recuento no exhaustivo de la problemática de la condición femenina, indicando al mismo tiempo algunos ejes de lucha. Esperamos haber provocado la reflexión, sobre todo entre las lectoras, y las invitamos a organizarse en grupos de toma de conciencia y acción. Recordemos que solamente nosotras, unidas, tendremos fuerza suficiente para lograr nuestra plena liberación. Y la liberación de la mujer provocará como corolario la liberación del hombre.

5. LA IGLESIA, INSTRUMENTO PARA LA OPRESIÓN DE LA MUJER

Desde tiempos inmemoriales las religiones han servido a los hombres como instrumentos de gran utilidad para imponerse a las mujeres y mante-

nerlas sin rebelión bajo su yugo. Nos proponemos aquí analizar brevemente una religión, la Católica, desde ese punto de vista, y mostrar la responsabilidad que tiene la Iglesia en el mantenimiento de la situación social subordinada que se atribuye a la mujer.

Jamás se recalcará lo suficiente la profunda misoginia de los miembros del clero y la influencia reaccionaria y retrógrada que la Iglesia ejerce sobre las mentalidades en cuanto a la cuestión de la liberación femenina. Sin temor a la contradicción, la Iglesia ha presentado siempre a la mujer bajo una doble faz: Eva, pecadora, causa de la caída del hombre; y María, virgen y madre, corredentora del género humano. Ángel o demonio, bruja maléfica o musa inspiradora, la mujer aparece así dotada de las más contradictorias características. Entre ambos extremos se encuentran las mujeres reales, con sus cualidades y defectos, ni santas ni hechiceras, simplemente humanas, desgarradas entre el esfuerzo por corresponder a un ideal inalcanzable y el intento de vivir responsable y libremente sin verse por ello ubicadas en el otro lado de la balanza.

Condenando por una parte a la mujer como causa del pecado, y elevándola a una dignidad sobrehumana por otra, la Iglesia ha perjudicado y perjudica aún a la mujer doblemente. En primer lugar, ella ha contribuido a mantener la idea de la "doble moral". Hay un código para juzgar al hombre y otro para juzgar a la mujer. Mientras que a aquél toda clase de veleidades le son no sólo permitidas sino además alentadas abiertamente, esas mismas acciones, realizadas por la mujer, atraen sobre ella el desprecio y la censura escandalizada de cuantos la rodean. En segundo lugar, en base a los modelos clásicos: Eva-Virgen María, Mujer "de la vida" o Madre-esposa, la Iglesia ha contribuido, y mucho a mantener a la mujer alejada de los centros de poder. El mundo de lo político, de lo económico y de lo social, es decir, en una palabra, la construcción del mundo en que vivimos **todos**, (hombres y mujeres), ha sido de ésta forma reservada exclusivamente a los hombres.

Todo poder de decisión queda así en manos del hombre, pues la mujer, o bien es considerada despectivamente como un objeto, destinada exclusivamente al placer del hombre, (reposo del guerrero), y por ello mismo marginada de la sociedad, o bien es el "ángel del hogar", esposa y madre abnegada que hace de su casa un "nido de amor" acogedor (del que ella es prisionera), para compensar a su marido de su dura lucha en el mundo exterior, del que ella está, por ello mismo, excluida. Rebajada y pisoteada en Eva, idealizada y puesta fuera del mundo en María, la mujer no llega nunca, a causa de semejantes mistificaciones, a ejercer un papel activo y de responsabilidad en nuestra sociedad. De una u otra forma, se encuentra siempre fuera de ella.

La posición de la Iglesia (más bien deberíamos decir la táctica) ha variado ligeramente en los últimos tiempos, aunque sólo en detalles secundarios y generalmente en la teoría. Ciertamente ya no se afirma descaradamente como antes la superioridad del hombre sobre la mujer, "fundamentándola" en la

Biblia y justificando su opresión y su sumisión al hombre. Así Pío XII en su alocución del 29 de septiembre de 1957 afirmaba:

"El hombre y la mujer son imágenes de Dios, según su modo propio, personas iguales en dignidad y poseedoras de los mismos derechos sin que se pueda sostener de ninguna manera que la mujer sea inferior".

Fundamentalmente sin embargo, y en la práctica, la posición de la Iglesia no ha cambiado. Eva y María siguen siendo los modelos propuestos. O se la condena por su conducta fácil y egoísta, o se la orienta hacia la maternidad y el matrimonio, sacrificando sus legítimas ambiciones como persona al servicio cotidiano del marido y los hijos. Fuera de eso, la participación en los asuntos del mundo que se consiente en dejarle, está tan lastrada de obstáculos, y ella debe hacer tantos esfuerzos para rendir en los dos frentes, (ya que las labores del hogar siguen siendo consideradas como obligación exclusiva de las mujeres), que son muy pocas las que no se quedan a mitad de camino, en comparación con sus colegas masculinos. Todo lo que acabamos de afirmar es ampliamente confirmado por las declaraciones de los últimos Papas. En este sentido, Juan Pablo II, no se queda atrás, y en relación con la mujer despliega el pensamiento más conservador y reaccionario. Bástenos con recordar sus constantes llamados en contra del divorcio, el aborto, del control de la natalidad, sus constantes invitaciones a la sumisión, sin tener para nada en cuenta la realidad social y los problemas concretos con los que se encuentra la mujer de hoy.

Y por si fuese necesario aún dar alguna prueba de la actitud real de la Iglesia ante la mujer, y de la profunda misoginia de los miembros del clero, basta con recordar el hecho muy significativo de que el sacerdocio sigue estando vedado a las mujeres. Juan Pablo II así lo reiteró al responder a las monjas norteamericanas que pedían mayor participación de la mujer en todos los niveles del ministerio de la Iglesia, (alusión al sacerdocio), que cumplan su misión **con obediencia y sin resentimiento** aunque se mantenga la decisión de no elevarlas a la función sacerdotal. Obediencia, resignación a la propia posición: ¿qué es esto sino el viejo discurso sobre la subordinación de la mujer en razón de su inferioridad? ¡Y todavía se quiere lograr que las mujeres se plieguen de buena gana a unas exigencias que las mutilan y desvalorizan!

A esta cuestión se refiere Jean Marie Auvvert, sacerdote y profesor de la Universidad de Strasbourg (Francia) en un libro titulado: "Antifeminismo y Cristianismo, La Mujer" (Ediciones Le Cerf - Desclée) en el cual analiza el antifeminismo profundo de que la Iglesia ha dado prueba a lo largo de los siglos. Según él, los hombres de la Iglesia tienen miedo de la evolución que permitiría a las mujeres el acceso al sacerdocio. Esta actitud se debe, según el mismo autor, por una parte al celibato eclesástico, que apartando a los representantes del clero del sexo femenino, hace de éste "lo desconocido", polo de desconfianza y temor. Por otra parte, (y en nuestra opinión esta es la razón de

mayor peso), los hombres de Iglesia no tienen ningún interés en compartir su poder. Por último y quizás, porque temen chocar a una parte de la opinión, que sin embargo no es muy tomada en cuenta cuando lo que quieren imponer les interesa. J.M. Auvert concluía diciendo que a pesar de todo, la evolución que permitiría a la mujer acceder al sacerdocio, no tomaría mucho tiempo. Pero éste nos ha demostrado que era demasiado optimista. La historia nos enseña que jamás una institución dogmática y autoritaria (y la Iglesia lo es en grado sumo) ha permitido la liberación de nadie, y mucho menos de las mujeres. Si algún día hay mujeres sacerdotes (lo cual ahora parece lejano) será como casos excepcionales, que permitirán presentar una fachada liberal por un lado, mientras por otro se justifica y se practica la opresión y la explotación de la gran masa de las mujeres.

Y no podría ser de otra forma. Las religiones son un producto cultural elaborado por el hombre y que tiende a mantener el estado de cosas imperante. El hombre ha hecho a la religión, a Dios, a su imagen y semejanza, y por ese medio se impone también a la mujer, mucho más eficazmente que a través de la fuerza bruta. El mejor gendarme es el que llevamos en la cabeza. La religión es pues un instrumento de manipulación en manos del hombre. La Iglesia católica, conocedora de esto, y que reproduce en su seno la estructura patriarcal y machista de la sociedad, no es una excepción.

6. LA SEXUALIDAD, UNA CATEGORÍA POLITICA

El gran error del marxismo ha sido el de no problematizar específicamente las relaciones mujer-hombre. Si la mujer es la "proletaria" del hombre, los ataques al capitalismo y su destrucción no son suficientes para acabar con la subordinación de la mujer. Aunque el patriarcado da razón casi completamente de la situación de inferioridad hecha a la mujer, la comprensión de esta situación exige ir más lejos de la explicación por la propiedad privada y la instauración del régimen patriarcal. En este sentido seguimos la tesis de Simone de Beauvoir en "El Segundo Sexo". La mujer, aún en las épocas de filiación matrilineal ha sido siempre "lo otro" para el hombre-sujeto, ha sido siempre el segundo sexo. Temida y respetada en tanto que rodeada de misterio ella no forma tampoco parte del mundo de lo humano. Ahora bien, la instauración del patriarcado sobre la base de la propiedad privada, consagró sobre sólidas estructuras la esclavitud de la mujer, cuya suerte, al no ser protegida por el misterio y las antiguas creencias, empeoró definitivamente. El hombre, conocedor ahora de su papel en la procreación, quiere tener esposa e hijos como se tienen tierras y esclavos. Aunque la mujer fue siempre lo otro, la representación de la alteridad absoluta para el hombre, su situación concreta se degrada pues a su extremo límite con la aparición del patriarcado. Y como todo radica en su capacidad de traer hijos al mundo, producto de un encuentro sexual

entre el hombre y ella; es precisamente esta categoría, la sexualidad, lo que debemos interrogar.

Ya Kate Millet en su libro "Política Sexual" (1) nos muestra cómo el sexo tiene carácter político, entendiéndolo por **política** "las relaciones de fuerza", "las disposiciones por medio de las cuales un grupo de personas controla a otro". A través del sexo, con todo lo que ello implica (diferenciación sexual, condicionamiento, relaciones sexuales, etc.), puede verse en forma ejemplar la situación de subordinación de la mujer al hombre, y los mecanismos y estructuras que contribuyen a mantener este estado de cosas. Aún más, podríamos llegar a afirmar que la forma de opresión basada en el sexo y ejercida a través de él prefigura todas las otras formas de opresión. Ella es la más antigua y la más universal. Y es también la más disimulada y alienante, precisamente porque se ejerce en buena medida en la intimidad y en nombre de los más "nobles sentimientos" o de la "más elevada función de la mujer". Es precisamente esto, el terreno pantanoso y "sagrado" de los sentimientos con que ha logrado encubrirse todo lo relativo al sexo (en todo caso al femenino) lo que dificulta el que se lo considere terreno propio de un análisis objetivo y político. Es en este terreno donde las viejas ideas se mantienen con mayor fuerza, impidiendo la evolución de las mentalidades y de los estilos de vida. De este modo, aún muchas mujeres, que económicamente han logrado escapar a la tutela del hombre (2), se mantienen aladas a este, sometidas a su autoridad y prestigio tradicionales a causa del chantaje sentimental.

Así el patriarcado sigue imperando, mantenido no sólo por la fuerza de las viejas estructuras que consagran el poder del hombre y su prestigio, sino profundamente cohesionado por la referencia constante a los sentimientos y afectos y por el miedo que tiene el ser humano a cualquier cambio, por poco radical que este sea, en su estilo de vida. Antes que lanzarse a la difícil empresa de tomar libremente en sus manos las riendas de sus vidas, muchas mujeres prefieren seguir bajo el yugo del hombre y buscar toda clase de justificaciones a su decisión.

Lo que queremos señalar aquí es que el régimen patriarcal no será derrocado necesariamente a la par que el capitalismo y empleando las mismas tácticas. La prueba de ello la tenemos en la situación de las mujeres en los países llamados socialistas (aunque habría que cuestionar el carácter socialista de todos ellos). Es preciso reconocer la especificidad de nuestra lucha y señalar la necesidad de descubrir nuevas praxis que den al traste con los antiguos modos de vida.

Nuestra acción debe enraizarse en una profunda reflexión y un análisis detallado de la categoría de la sexualidad, que ponga al descubierto su carácter político, es decir la forma en que es utilizada para **oprimir** a un sexo en

1. MILLET, K. Política Sexual, Aguilar, México 1975.

2. Ya sea individualmente, o bien en cuanto grupo en la medida en que la política económica propicie su entrada en el mundo del trabajo.

beneficio del otro y mantener el estado de cosas existente. A este respecto proponemos entonces algunos ejes de estudio:

La diferencia fundamental entre el hombre y la mujer radica en la capacidad biológica que tiene ésta de ser madre, de concebir, formar en su seno durante nueve meses, y finalmente dar a luz otro ser humano que prolongará la especie. A partir de esta capacidad de la mujer, que constituye a la vez un privilegio y una carga, se ha elaborado toda una maraña de leyes y costumbres completamente arbitrarias y opresoras. El recurso a la naturaleza no tiene aquí ningún sentido. El hombre retoma la obra de la naturaleza y la interpreta según su voluntad, constituyendo así el mundo de la cultura sobre el mundo neutro de la fisis.

Una vez que el hombre conoce su papel en la procreación, e instaurada la propiedad privada (con todo lo que ella implica), los controles sobre el cuerpo de la mujer se hacen más estrictos, y podemos suponer también que toda la gestualidad sexual se ajusta al nuevo rol de amo y señor que el hombre asume.

La monogamia, la castidad conyugal estricta (sólo para la mujer), la virginidad aparecen entonces como valores muy preciados en un universo en el cual el hombre quiere estar **seguro** de prolongarse en **sus hijos** y de transmitir su herencia a sus auténticos herederos. **Es preciso profundizar la reflexión sobre el nexo indiscutible y fuerte que une la apropiación del cuerpo de la mujer por parte del hombre con un sistema económico basado en la propiedad privada.** Entre las clases sociales desposeídas, la moral sexual vigente tiene por lo general poco valor, o bien es seguida por imitación, producto de la aceptación de una ideología cuyas estructuras giran entonces en el vacío, prestas a ser desechadas a la primera ocasión.

El hecho de que en los países socialistas, dicho control se mantenga en parte, no hace más que probar que las antiguas estructuras de vida entre los sexos se mantienen hasta tanto no nos atacemos directamente a ellas a través del problema del patriarcado.

Debemos señalar en primer lugar, que en la actualidad (como ha sido casi siempre) la sexualidad, tal como es vivida por la mujer es eminentemente opresora. El sexo y su problemática adyacente son utilizados como medio para oprimir a la mujer desde la infancia. Y uno de los aspectos opresores en el plano de la sexualidad, radica en su carácter represivo. Si analizamos la educación que se da a la niña desde que nace, veremos que no es más que una larga cadena de deseos insatisfechos y de energías reprimidas para encauzarlas hacia la correspondencia con la "imagen ideal de la mujer". Desde la niñez a la adolescencia la mujer es preparada, alentada u obligada (según el caso) a ser sumisa, pasiva, coqueta, seductora, etc. La única "actividad" que se le permite es la del "señuelo", con lo cual, en ella, el "arte de atrapar un hombre" (a lo cual se le dice que debe destinar su juventud) se convierte en la capacidad de conquistar, seducir a otro asumiendo el rol del seducido, del conquistado. Por nada del mundo el hombre debe sentirse

agredido ni su ego disminuido al saberse objeto de una empresa de seducción. La mujer debe pues, conscientemente dimitir de su ser sujeto, convertir su libertad en un objeto en manos del hombre y todo ello mediante el uso prostituido de su propia libertad.

La psicología de la sumisión, de la pasividad, marca así profundamente a la niña (educada además entre tanto para servir al hombre en todos los menesteres de la vida cotidiana y hogareña). La búsqueda del hombre como motivo principal de su existencia la hace profundamente dependiente, y como es dependiente, le será muy difícil subsistir (sobre todo psicológicamente) sin apoyo masculino. Así encontramos en la mujer una psicología profundamente deformada, una psicología de la dependencia que la hace eslar siempre a la espera de la aprobación y el estímulo del hombre.

A todo ello añádase el hecho de que la niña y la adolescente, a causa de la educación que reciben tienen un menor acceso al mundo (salidas a la calle, lugares prohibidos, libertad de desplazamiento en las ciudades, viajes, salidas solas, etc.), lo cual, además de los otros factores tiende a aumentar en ella la dependencia y la sumisión a causa del temor. El miedo a lo desconocido inmoviliza a muchas mujeres en su camino hacia la liberación. Han sido incapacitadas psicológicamente para hacer frente a un mundo en donde nuevas situaciones pueden salir al paso a cada instante. Jamás se recalcará lo suficiente el daño que este **menor acceso al mundo** causa a la mujer.

Otro factor que inmoviliza a la mujer y la hace temerosa desde su infancia es la exigencia de la virginidad. Esta exigencia juega a un doble nivel, ya que si por un lado se inculca a la niña y a la adolescente el "temor a perder su mayor tesoro" (poniendo así **precio** a una parte de su cuerpo), la imposibilidad para la joven de realizar experiencias sexuales cuando así lo desee (a menos de pasar por encima de las prohibiciones, lo cual exige lucidez y valor a una buena dosis de mala fe) desarrolla en ella un temor al hombre (al sexo del hombre) que la coloca aún más en una posición de desventaja e inferioridad frente a él. Y así aparece la figura del hombre curtido en las lides del amor que guía los primeros pasos de la mujer en este difícil terreno (difícil para ella a causa de todo lo anterior). A este respecto nos parecen aún vigentes la mayor parte de los análisis de S. de Beauvoir en *El Segundo Sexo*, haciendo hincapié en que la forma en que la mujer vive actualmente sus primeras relaciones sexuales y lo que podríamos designar la "psicología de la virgen temerosa" son productos de un largo condicionamiento y de una forma de vivir la iniciación sexual que pone a la mujer doblemente a la merced del hombre. El es el que decide de su honestidad (en cuando haya preservado su virginidad), y el que la introduce en el terreno del sexo, moldeando entonces en ella una sexualidad que por lo general le es completamente ajena. ¿Cuántas mujeres se conocen realmente por sí mismas en este campo? ¿Cuántas hay que desconocen por completo su identidad sexual, sus capacidades, deseos, derechos?

Debemos preguntarnos también, en qué medida el riesgo del embarazo,

exclusivo de la mujer, influye en su manera de afrontar la sexualidad. Se nos ha dicho siempre que la mujer no es sexualmente agresiva, que es pasiva, receptiva, a la espera de la iniciativa masculina. Por su parte el psicoanálisis nos habla de la necesidad, en la evolución sexual de la mujer, de que ésta pase de una sexualidad centrada en el clítoris ("infantil" y "activa", se dice) a otra cuyo polo rector está en la vagina (sexualidad considerada "adulta" y "pasiva"). Como por casualidad, la sexualidad vaginal es la procreadora. No queremos negar aquí la existencia de un posible orgasmo vaginal (dejamos la discusión abierta), sino señalar que plantea numerosos problemas y rechazar esta concentración de la sexualidad femenina en una sola de sus posibilidades, que además es exageradamente valorada.

Nosotras debemos preguntarnos: ¿cómo sería la sexualidad de una mujer liberada totalmente de la preocupación del embarazo? Y esto no en el momento de la menopausia (en el cual se nos ha hecho creer que el interés sexual disminuye) sino a lo largo de toda la vida. Claro está, la mujer ha sido de tal manera condicionada por las imágenes de sí misma que le han inculcado, que se hace necesaria una toma de conciencia y un profundo trabajo de análisis por parte de la mujer, para acceder a un tipo de comportamiento que pudiésemos considerar como más auténtico, más verdaderamente suyo.

Ya en la actualidad, con los avances que se han logrado en el campo de la anticoncepción, y debido a los trabajos de las feministas, la conducta sexual de las mujeres se ha transformado. Son un poco más conscientes de sus deseos y de su derecho a satisfacerlos, pero los tabúes y el condicionamiento recibidos pesan aún más. Concretamente en la cuestión de la agresividad, de la toma de la iniciativa y del control del encuentro sexual, es mucho lo que queda por hacer. Por respeto a las tradiciones, por miedo al cambio, a lo desconocido, la mujer aún abandona casi completamente al hombre la decisión del cuándo y el cómo del encuentro sexual. Otra falsa idea en este terreno es la de la monogamia "natural" de la mujer. La mujer no está más inclinada a la monogamia de lo que pueda estarlo el hombre. Como hemos mostrado antes, la exigencia de la monogamia (para la mujer solamente) deriva directamente de la apropiación de su cuerpo por parte del hombre, en vistas a asegurarse la paternidad de sus hijos.

Ingresada en el terreno del matrimonio, la mujer será o bien utilizada decorativamente como objeto, indicador del status de su marido, o bien empleada como fuerza de trabajo doméstico en el hogar. Todo depende de la clase social a la cual pertenezca. Muchas veces cumple las dos funciones, que tradicionalmente se consideran propias de la mujer: embellecer el ambiente con su presencia y realizar las labores destinadas a la reproducción de la fuerza de trabajo. A veces trabaja además fuera del hogar, ejerciendo una profesión o labor casi siempre secundaria, lo cual no contribuye en nada a mejorar su situación. Aún aquellas que ejercen una profesión prestigiosa o bien remunerada distan mucho de estar liberadas. Ya sabemos que las viejas

ideas son persistentes si no se las ataca directamente.

Reflexión aparte merece la función reproductora de la mujer. Los hijos son su mejor cadena, y no teniendo muchos otros motivos de orgullo en nuestro medio, la mujer acaba por otorgar a la maternidad una importancia excesiva. Se llega incluso al extremo de que para la mayoría de nuestras mujeres es más importante tener un hijo que realizar el tan anhelado casamiento. La mujer en nuestro medio se procura un cierto prestigio (muy inseguro en verdad) a través de sus hijos.

En vistas a esta función procreadora de la mujer funciona sobre todo la rama de la medicina a ella consagrada. Poco importa a nuestros médicos la capacidad y las posibilidades de goce sexual de nuestras mujeres. Lo que importa es que sean físicamente aptas para concebir y dar a luz. Solamente amparada por su interés en procrear, o habiendo pagado ya su "cuota maternal", puede la mujer plantear su derecho al goce (lo cual muchas veces es visto más bien como el derecho del marido al goce).

Más que permitir pues a la mujer el control sobre su cuerpo, nuestra medicina está destinada a manipular el cuerpo de la mujer en una sola dirección: la maternidad. La medicina y las investigaciones en el campo del control de la concepción que deberfan pues contribuir a la liberación de la mujer, no lo hacen sino a medias, asumiendo por lo general un papel represivo y opresor. Puesto que en la mujer, cada relación heterosexual conlleva la posibilidad de concebir (y como hemos dicho esta es en nuestra opinión, la gran y única diferencia entre el hombre y la mujer en el terreno del comportamiento sexual), mientras no se descubran medios anticonceptivos absolutamente seguros e inocuos, y no se elimine la necesidad de recurrir a veces al aborto, no podrá hablarse de una real y total liberación de la mujer. Solamente a partir de allí la maternidad podrá dejar de ser una carga para adquirir completamente su carácter de privilegio, en cuanto elegida.

Debemos reflexionar también sobre toda la simbología que gira en torno del encuentro sexual, analizar los gestos, palabras, etc., que a ello se refieren. Descubriríamos entonces toda una imaginería que tiende a ver la relación sexual como un combate donde hay vencedor y vencida. El órgano del hombre es "su arma" y la mujer "se rinde", "es poseída" "entrega su tesoro" o simplemente "se entrega". También se dice que el hombre "la penetra" y ella "se abandona", cuando quien en realidad "entrega" una parte de su cuerpo es el hombre, y la mujer lo incluye en ella. Hay una carga ideológica profunda completamente arbitraria que yace bajo todos los términos y mímicas con los cuales nos referimos a la relación sexual. Otro tanto ocurre con las posturas, entre las cuales se hace destacar aquellas que contribuyen a perpetuar el mito de la pasividad femenina y la actividad masculina. A través de todo esto, como a través del supuesto sado masoquismo de la relación (atribuyéndose por supuesto el hombre el rol sádico bajo la argucia de postular un "natural masoquismo" femenino) el hombre ejerce en una forma muy directa y concreta su

dominación sobre la mujer. Analizando en todos sus detalles la relación sexual encontraremos en su forma más clara y como reducido a su esencia el problema de la subordinación de la mujer. El caso del lenguaje merece mención especial.

No solamente nuestra forma cotidiana de hablar está profundamente cargada de connotaciones sexuales, sino que en todos los casos, y aún más cuando los términos se refieren claramente a la sexualidad a través de ellos se vislumbra sin equívocos el carácter guerrero de la sexualidad masculina y la pasividad y sumisión a las que supuestamente la mujer está naturalmente obligada. La sexualidad, a través del lenguaje, aparece siempre como algo (malo o en todo caso inferiorizante) que el hombre **hace** a la mujer, hasta tal punto que muchas palabras que expresan el encuentro sexual se utilizan para indicar en general la victoria de un individuo sobre otro. En todos los casos, el lenguaje, que finalmente utilizamos mecánicamente no hace más que reflejar fielmente la realidad.

Abordemos ahora otro tema (relacionado con este anterior) que llama igualmente al análisis: las exigencias de juventud y belleza para la mujer, sin contrapartida igual en el hombre. Aquí encontramos otra manifestación de la política sexual. Porque es obvio que la belleza y la juventud que se instauran como criterios para el éxito de la mujer se formulan en función del atractivo sexual. Para ser en general aceptada, o mejor considerada, la mujer ha de ser bella y joven, y si bien esto aparece como fundamental en el terreno concreto de las relaciones con el otro sexo, se ha convertido igualmente en un elemento determinante en todos los otros aspectos de la vida que no tienen nada o poco que ver con el sexo. Puesto que para el hombre la mujer es lo otro absoluto, la "presa" por excelencia, el aspecto exterior de este objeto debe estar sometido a cánones muy estrictos por los cuales la mujer debe regirse.

Y estos cánones tienen por objeto precisamente determinar bien a la mujer en su carácter de "carnada", llamada pasiva al macho conquistador. Para representar bien este rol, la mujer debe adornarse y transformar su naturaleza hasta tal extremo que al final más parece un robot que un ser humano. Maquillajes, vestidos delicados, zapatos exageradamente altos e inestables: todo contribuye a enjaular a la mujer y esclavizarla a un cuerpo cuya **debilidad artificial** se busca así acentuar. Y así mientras el hombre practica deportes, usa su cuerpo como quiere, está a gusto en él, sin ninguna traba, la realidad de la mujer está escondida y limitada por la fragilidad de sus afeites. Y el tiempo que pierde en ello no lo recupera jamás. A pesar de todo ello la vejez llega, con su nueva belleza, que nadie sabe apreciar porque hemos reducido ésta a cánones estrictos de edades y medidas que nada tiene que ver con la realidad de una hermosura auténticamente humana.

Es preciso que cuestionemos radicalmente esta valoración exagerada de la juventud y de un cierto tipo de belleza más bien artificial. Hemos de ser apreciadas a partir de todas nuestras cualidades y no podemos seguir permitiendo

que se nos encierre en rígidos patrones y se nos obligue a competir unas contra otras. Debemos descubrir en nosotras un nuevo tipo de belleza, humana, flexible, que en lugar de encerrar el cuerpo lo ponga en contacto con el mundo, lo libere de trabas artificiales y tome en cuenta la totalidad de nuestro ser.

Este punto nos sugiere otro, en donde la edad entra también en juego. La unión hombre-mujer se hace por lo general según el patrón hombre mayor, mujer menor. No podemos menos que marcar la arbitrariedad de tal patrón y la gran utilidad que tiene para acentuar o facilitar el rol autoritario del hombre. Es por ello que si la unión de un hombre de edad con una jovencita casi no molesta, siendo a veces francamente aceptada, la unión de una mujer madura con un joven resulta escandalosa y ofensiva para el ámbito social.

Aquí debemos referirnos también a un injusto fenómeno que se repite con demasiada frecuencia: el hombre ya maduro cambia su esposa por una jovencita. La mujer por su parte no tiene el mismo recurso, no sólo debido al escándalo que ello suscitaría, sino al hecho de que no encontraría compañero joven, teniendo en cuenta la desvalorización a la que está sometida la mujer con el transcurso de los años.

Todo esto es claro producto de una política sexual que además de subordinar a la mujer y reprimir en ella el desahogo espontáneo de todas sus energías la convierte en un objeto decorativo, sometido a las leyes de la devaluación y de la moda.

A todas estas reflexiones hemos de añadir el problema de la violación. Este acto de máxima violencia contra la mujer es una clara manifestación de una política sexual de dominación y apropiación de la mujer por parte del hombre. A través de este acto en que un cuerpo fuerza a otro imponiéndole una relación, un contacto, el aspecto político de la sexualidad se hace (si más pruebas hiciesen falta) absolutamente evidente. Forzando a la mujer de esta manera, dañándole psíquica y físicamente, el hombre manifiesta claramente no sólo la subordinación y opresión a que la destina, sino su patológico deseo de afirmarse a sí mismo intentando destruir y degradar la dignidad humana en el otro sexo al someterle a un contacto puramente mecánico y animal.

En suma y para concluir: la mujer ha sido hasta ahora un ser relativo, para otro (el hombre), sin identidad propia y sometida a partir de su sexo a un régimen que consagra arbitrariamente la dominación del ente masculino sobre el femenino como condición para la dominación del mundo y la explotación de unos seres humanos por otros.

Solamente hurgando en lo profundo de cada uno de nuestros comportamientos para buscar la causa y el significado, lograremos desembarazarnos de los viejos esquemas para dar salida a nuestra realidad y aflorar con nuestra identidad propia (pero no específica) al reino de lo humano.

Pero este trabajo, que debemos desde ahora realizar sobre nosotras mismas, no podrá tener un asiento real si no va acompañado de una lucha global

y solidaria tendiente a eliminar conjuntamente las dos formas de organización social que nos oprimen: capitalismo y patriarcado.

7. MUJER - OBJETO — MUJER - SUJETO

A lo largo de la Historia, la mujer ha vivido siempre en función del hombre, sin identidad propia. Su figura, la imagen a la cual trata de corresponder, es modelada previamente por el hombre, el cual la elabora según la idea que él se hace de la feminidad: pasiva ante todo, sumisa, abnegada, hermosa, siempre joven y no necesariamente inteligente. Es la mujer-objeto.

El hombre, hasta ahora sujeto casi exclusivo de todos los privilegios sociales, ha sabido organizar de tal manera el mundo en torno suyo, que a su alrededor hay siempre alguna mujer que le sirve y satisface (madre, hermana, novia, esposa, amiga, secretaria, etc.), muy contenta a veces del rol que le toca jugar en la periferia del varón, pues es gracias a ese rol que ella (así se han inculcado todas las instancias sociales) se valora y se realiza. Antes que ser ella misma, es la señora de...

Son pocas las mujeres que perciben esta situación anómala, tan arraigada en el ámbito social patriarcal, que casi parece natural. La mujer sería como un planeta, sin luz propia. Pero esto no es cierto. Tanto como el hombre es sujeto, la mujer también lo es. Anulada, dotada de una falsa identidad, objetivada por la mirada masculina, ella puede alterar esa situación y afirmarse con toda fuerza en su rol de sujeto, accediendo con ello a la independencia y a la responsabilidad. Y ello no se logra solamente a través de la autonomía económica, sino que es preciso alcanzar, y eso es difícil, la autonomía afectiva y la propia identidad. ¿De qué sirve a la mujer ser capaz de mantenerse a sí misma y a los suyos, si sentimentalmente sigue siendo el juguete de la voluntad masculina, y de las instancias sociales? ¿Qué mérito tiene la independencia económica si la mujer sigue viéndose a través de la mirada masculina y tratando de corresponder al objeto que allí ve reflejado?...

Muchas mujeres, fuertes y llenas de carácter en el ejercicio de su profesión, al llegar a su hogar se dejan vejar o tratar como menores por sus cónyuges o familiares masculinos, por el mero hecho de que son hombres.

¿Cuántas no son las que gastan tiempo y dinero en los gimnasios, sometidas a torturadores tratamientos de belleza, sumisas a dietas a veces mortales o dañinas, para estilizar su figura y ponerla de acuerdo a la moda reinante?. Es increíble la cantidad de dinero que se gasta en cosméticos de toda clase, el tiempo que se esfuma, perdido ante el espejo tratando de corresponder al rostro artificial que las revistas "femeninas" presentan como el apropiado para la temporada.

Así vemos aparecer por todas partes mujeres-uniformes, mujeres que, de temporada en temporada, se adornan, visten y maquillan de la misma forma,

ocultando su propia personalidad e identidad y semejando ejemplares fabricados en serie de un único modelo: el anonimato que la publicidad hace pasar por exclusividad (Tú eres diferente, por eso debes usar...).

Hoy queremos destacar dos características de la imagen femenina que constantemente trata de imponérsenos: son la juventud y la belleza. Para ser aceptada, la mujer ha de ser joven y bella. Cuidado con las arrugas, con las "líneas de expresión". "Muestra tus emociones mujer, pero no olvides usar la crema X..." En cuanto al hombre, no hay problemas, las marcas en su rostro resaltan su varonil apostura y son prueba de recios combates que han marcado su figura. En todo esto lo más grave reside en el hecho de que estas exigencias a las que la mujer debe someterse, no se refieren solamente a sus posibilidades en la relación con el otro sexo, sino que se ha extendido al terreno de sus posibilidades profesionales.

Una mujer joven y bonita, "de buena presencia" como dicen muchos anuncios, tiene más oportunidades de conseguir y conservar un empleo. La capacitación para el mismo, la eficiencia y la responsabilidad tienen a veces poco que ver aquí cuando se trata de una mujer.

Estas exigencias de juventud y belleza exclusivamente para la mujer son, no solamente producto de la falsa imagen que el hombre ha fabricado y ella ha asumido, sino de una política sexual bien precisa: estos cánones tienen por objeto determinar a la mujer en su carácter de "carnada", llamada pasiva (objeto) al macho conquistador. Para representar bien este rol, debe adornarse y transformar su naturaleza hasta tal extremo que al final más parece un robot que un ser humano. En este campo, todo contribuye a enjaular a la mujer y esclavizarla a un cuerpo cuya debilidad artificial se busca acentuar. Y así, mientras el hombre practica deportes, usa su cuerpo como quiere, está a gusto con él, sin ninguna traba, la realidad de las mujeres está escondida y limitada por la fragilidad de sus afeites.

Y el tiempo que pierde en ello no lo recupera jamás. A pesar de todo ello, la vejez llega, con su nueva belleza, que nadie sabe apreciar, porque hemos reducido ésta a cánones estrictos de edades y medidas que nada tienen que ver con la realidad de una hermosura auténticamente humana.

La mujer debe cuestionar radicalmente esta valoración exagerada de la juventud y de un cierto tipo de belleza más bien artificial. Ha llegado la hora de que, consciente de que es un ser humano en igualdad de condiciones con el hombre, asuma su ser sujeto plenamente y busque definir en libertad y personalmente su verdadera identidad femenina. El mito de la feminidad tradicional: dependencia, pasividad, sumisión, debe ser destruido porque no corresponde a la realidad de la mujer. Hemos de ser apreciadas a partir de todas nuestras cualidades y no podremos seguir permitiendo que se nos encierre en rígidos patrones y se nos obliga a competir unas con otras. Debemos descubrir en nosotras un nuevo tipo de belleza, humana, flexible, que en lugar de encerrar el cuerpo lo ponga en contacto con el mundo, lo libere de trabas artifi-

ciales y tome en cuenta la totalidad de nuestro ser. ¡Atrevámonos a ser nosotras mismas y exijamos el respeto a nuestra identidad!

8. ABORTO: PROBLEMA DE SALUD PUBLICA

Hacia una nueva moral sexual

Para poder tratar el problema del aborto desapasionada y objetivamente es preciso ubicarlo en los parámetros apropiados: es un problema de salud pública. Es así como lo entoca básicamente la obra de Giovanna Machado: "En defensa del aborto en Venezuela"¹⁾. Cada año, en nuestro país, millares de mujeres mueren o quedan gravemente lesionadas contraviniendo una ley rígida y severa que en nada considera su situación o sus necesidades como seres humanos, que en tanto tales, tienen derecho a una vida libre, digna y responsable.

Pero es evidente que el problema del aborto, además de sus implicaciones sociales, tiene raíces más profundas en la ideología que expresa y sostiene el sistema de poder patriarcal en que vivimos. Es un problema que nace directamente de la situación de subordinación y sumisión en que se encuentra la mujer en esta sociedad.

Cuando se habla de la condición de la mujer, cuando se analiza su situación de minusvalía y dependencia, suele surgir siempre la clásica y cómoda explicación "por la naturaleza". Se reconocen las dificultades y las cargas a que está sometida la mujer, pero se trata de aliviarlas con resignación y palabras nobles, señalando que así lo quiso Dios o lo produjo la Naturaleza, y aludiendo a la maravillosa y abnegada misión de ser madre, para la cual se supone que toda mujer, por el hecho de serlo, está "naturalmente" dotada.

Hay quienes por falta de reflexión creen en esto, y quienes, (la mayoría), de mala fe, fingen creer en semejantes interpretaciones de la condición femenina. Pero un examen honesto y lúcido de la situación nos muestra que no es así. La subordinación de la mujer, y su corolarlo, la maternidad vivida como su destino y mayor realización, son el resultado de un hecho cultural, producto humano, injusto y arbitrario.

Es evidente que al mundo natural se superpone el mundo cultural. Una vez que aparece el ser humano en el planeta, ya no podemos considerar a la naturaleza de la misma forma. El hombre interviene en el mundo natural, lo transforma, su acción se inscribe necesariamente en la naturaleza, que es entonces determinada, interpretada y dirigida por el hecho cultural. Ya no hay en adelante naturaleza neutra. Como cualquier otro fenómeno "natural", la procreación y todo lo que la acompaña, es entonces también y sobre todo un hecho cultural, interpretado y valorado de cierta forma. Según las épocas y las circunstancias materiales e históricas es alentado y promovido con apremio, o

1. Editorial Ateneo, Caracas, 1979.

bien considerado como problema y fuente de mayor miseria. (Ej: el exceso de natalidad en la India).

Por lo general, sin importarles mucho la suerte de los gobernados, los gobiernos estimulan el aumento de los nacimientos, viendo en ello una futura fuente de mano de obra y a veces carne de cañón, en caso de conflictos bélicos. La mujer, evidentemente, paga con su cuerpo el precio de esa política. Las sociedades patriarcales que conocemos, no funcionarían sin la apropiación por parte del hombre, o del sistema, dirigido siempre por hombres, del cuerpo de la mujer: Procreación para dar hijos-herederos del patrimonio masculino, procreación de individuos para el Estado o la Nación. La mano de obra para poner en marcha un sistema económico o una política, sale del vientre de las mujeres.

La mujer, desposeída de su cuerpo, es pues vista fundamentalmente como procreadora, destinada necesariamente a la reproducción de la especie, le guste o no ese papel, pueda o no realizarse a través de él. Se la confunde con y limita a una de sus funciones biológicas. Al mismo tiempo que se produce esta asimilación, el derecho de la mujer a la sexualidad es negado o simplemente ignorado. Trata de relacionarse siempre en ella la práctica del sexo con la maternidad, y sus necesidades sexuales, similares a las del hombre, son consideradas como inexistentes.

De la moral judeo-cristiana, consagrada luego de una manera pretendidamente científica por Freud, nos viene la idea de una sexualidad problema, sobre todo en el caso de la mujer, cuyas necesidades son negadas en nombre de una supuesta pasividad, mientras se exalta en ella una tendencia a la procreación, a la fidelidad y a la monogamia que el hombre, pretendidamente, debido a su "naturaleza", no podría respetar. Todas las exigencias para ella, permisividad absoluta para él.

En la actualidad, numerosos estudiosos se han pronunciado científicamente contra tal estado de cosas. Es mucho lo que hay que agradecer a médicos como Masters y Johnson (en USA) por ejemplo. En nuestro país uno de los mayores luchadores en el campo de la sexología es el Dr. Felipe Carrera Damas, quien, además de ser pionero de la introducción del parto psicoprofiláctico en Venezuela, ha denunciado el machismo, tan nefasto para nuestro país, en todas sus obras. En relación con la problemática que venimos tratando, recomendamos ampliamente su libro "La Medicina de la Felicidad". Entre otras cosas, el Dr. Carrera Damas desenmascara allí todas las patrañas y mistificaciones de que se ha querido rodear siempre la sexualidad femenina.

A pesar de todos estos avances que nos alientan, el grueso de la población femenina, y una buena parte de los médicos permanecen aún en posiciones ignorantes o retrógradas.

Muy poco sabe la mayoría de las mujeres acerca de su sexualidad. Como se les ha enseñado a reprimirla desde la infancia y a considerarla como algo

mal, sus informaciones se limitan a veces a conocer la relación que existe entre el coito y la reproducción. El hombre no conoce tampoco mucho acerca de la realidad y posibilidades de su sexualidad, pero al menos, dada la permisividad total de que disfruta, está en constante contacto con su cuerpo; y bien que mal, responde a sus llamados. La sexualidad de la mujer, y toda la información que sobre ella se imparte, se limita a la consideración de su rol reproductor, y nunca es cuestión de sus necesidades sexuales o de la mejor forma de satisfacerlas. Por lo general no sabe responder a los llamados de su cuerpo, no los reconoce porque le han enseñado que no existen, y cuando lo hace, por lo general incitada por el hombre, es en medio de grandes sentimientos de culpabilidad o una desvalorización de sí ante sí misma. Es difícil encontrar una mujer que hoy en día, en nuestro medio, reivindique orgullósamente su derecho a la sexualidad, a una sexualidad elegida y controlada, sana.²⁾

Por lo general; la sexualidad que vive la mayoría de las mujeres, está calcada sobre la del hombre y responde a su llamado. La mayoría de las veces el hombre disfruta a través de la mujer y poco se ocupa del placer de ésta. Ella se conforma las más de las veces con "satisfacer" a su compañero y con disfrutar de las migajas de placer que puede recoger. Así muchas mujeres cargadas ya de hijos, no han experimentado nunca un orgasmo, y están lejos de saber todas las posibilidades que su cuerpo encierra. Es ya cosa reconocida hoy en día el daño que causa a la salud una sexualidad reprimida o mal practicada.

Como dijimos antes, se relaciona siempre en la mujer sexualidad y maternidad. Además de la negación de la realidad total de la sexualidad que ello implica, hay otra grave consecuencia que esto acarrea: la mujer vive siempre su sexualidad en medio del temor y la angustia, lo cual contribuye a hacerla pasiva y mala pareja, y además de impedirle disfrutar de su sexo, puede convertirse (y esa es muchas veces la idea) en un freno a toda actividad sexual. En este sentido los métodos anticonceptivos han contribuido a disminuir este problema, pero es aún mucha la ignorancia y los temores infundados (que muchos se empeñan en propagar) en cuanto a su uso.

Además de la ignorancia, la sexualidad femenina está pues, como acabamos de señalar, marcada por el miedo. En la medida en que se ve la sexualidad femenina básicamente relacionada con la reproducción, el embarazo es visto muchas veces como un merecido castigo o en todo caso como una carga que viene como consecuencia de la búsqueda del placer. Es como si la mujer tuviese que "pagar", ser penalizada cuando satisface sus necesidades sexuales.³⁾ Esto, además de distorsionar la sexualidad femenina, que enton-

2. Y si lo hace, ha de contar también con el coraje necesario para arrastrar las críticas muy severas que no dejarán de caer sobre ella, marcándola quizás definitivamente dentro de su ámbito social.

3. Si a esto le agregamos el arraigo que en la mayoría de las mujeres tienen las ideologías religiosas, tenemos un cuadro realmente aberrante.

ces es reprimida o vivida en medio de terribles angustias; afecta la verdad y los valores de la función maternal, que no puede ser de esta forma plenamente vivida (sino a lo sumo aceptada con resignación), con las consecuencias que ello evidentemente acarrea para el niño.

Es preciso esforzarnos pues, por lograr que la mujer acceda a una nueva sexualidad acabando con todos los mitos y tabúes que hasta ahora han rodeado las cuestiones del sexo. Hay que proceder a un estudio serio, honesto y científico del sexo y su importancia, sin ideologías constrictivas, ni falsos pudores. A este respecto, "La medicina de la fecundidad" del Dr. Felipe Carrera Damas, es un formidable paso adelante en este campo en que aún se hace en nuestro país labor de pioneros. A la sexualidad en general, tanto masculina como femenina, debe reconocérsele su trascendencia y devolverse sus derechos, con el fin de lograr individuos más sanos y equilibrados.

¿Qué tiene que ver todo esto con el problema del aborto? Precisamente mucho, aunque quizás a primera vista no parezca evidente.

Está claro que la sexualidad femenina se distingue de la masculina entre otras cosas por la posible consecuencia del embarazo que puede resultar del coito. Aunque ésto no justifica que se la reduzca a su relación con este hecho reproductor (como hemos criticado), sí es un factor que debe tomarse en cuenta, en la medida en que el temor al embarazo marca de una manera determinante la sexualidad de la mujer. Si hablamos de lograr una sexualidad sana y espontánea no podemos pues olvidar el riesgo del embarazo como uno de los factores que debemos luchar por eliminar. El embarazo debe ser algo decidido, deseado, no producto de la casualidad y del azar.

Es aquí que aparece el aborto como una posible solución, de emergencia, por supuesto. Evidentemente el aborto no es un acto clínico deseable por sí mismo, y debe ser evitado en la medida de lo posible. El camino hacia el disfrute de una verdadera sexualidad por parte de la mujer, debe venir dado por una buena educación sexual, de la cual debe formar parte la información y la práctica de la mejor anticoncepción. Muchos embarazos no deseados son producto de la ignorancia de la mujer acerca del funcionamiento de su propio cuerpo o de su desconocimiento de las diferentes posibilidades de control de la concepción que ofrece la ciencia moderna.

Sin embargo, es bien sabido que los actuales métodos anticonceptivos no son aún perfectos, y en todos los casos, aun con la píldora (que ofrece el menor margen de riesgo) existe un cierto porcentaje de inseguridad, vale decir de ineficacia.

Mientras priven pues las circunstancias actuales: ignorancia, mala información, ineficacia eventual de los métodos, el aborto tendrá un sentido y deberá considerárselo como un mal menor, que debe tratar de evitarse mediante una buena educación sexual y un buen uso de los anticonceptivos, pero que no puede prohibirse so pena de conducir a la mujer a situaciones en que es su vida misma lo que ella pone en juego tratando de conservar su libertad de decidir.

Además, en un país como el nuestro, con una cifra tan alta de abortos clandestinos y de muertes por aborto anualmente, no podemos dejar de reconocer el problema de salud pública que constituye el aborto.

A pesar de la prohibición que la ley hace pesar sobre ello, miles de mujeres se exponen a sufrir los rigores de la ley y exponen su vida para evitar nacimientos no deseados. Una tal voluntad de tomar en mano su destino, una tal voluntad de luchar contra lo que parece inevitable, aún a riesgo de la vida, debe ser tomada en cuenta. Es la libertad que a pesar de todo trata de afirmarse en el ser humano.

Que no se nos diga que el aborto es anti-natural, apelando a la "Naturaleza" como instancia suprema de juicio. De cada 10 embarazos, 1 culmina natural y espontáneamente en aborto. En buena medida los fetos así eliminados son aquellos que presentan malformaciones y problemas. Si con el avance científico el hombre ha transformado el mundo, y, concretamente en el caso de la salud, se eliminan o curan enfermedades, se corrigen defectos físicos o se evita la muerte mediante toda clase de aparatos, por qué no tomaríamos en nuestras manos el control de la natalidad? Por qué ha de condenarse a las mujeres a maternidades indeseadas y por ende a los niños a una vida infeliz en medio de quienes no han querido voluntariamente traerlos al mundo? Desde que el hombre aparece en el mundo, lo cultural se superpone a lo natural, hemos dicho al comenzar. La ciencia, además de las artes y las técnicas, ha contribuido a transformar al mundo, y aunque en muchos casos parece haber tomado un camino equivocado, su misión es la de humanizar la realidad y hacer más feliz y plena la vida humana. Con respecto a este problema del control de la maternidad, es también mucho lo que se espera aún de la ciencia como contribución a la liberación de la mujer, con la cual no sólo la vida de ésta sería más plena, sino también la vida del niño, ahora siempre deseado, y la de todos aquellos que les rodean.

En este momento crucial para el desarrollo del país, tenemos en nuestras manos la responsabilidad de enfrentar este problema del aborto, que anualmente causa la muerte o graves daños a miles de mujeres, y ofrecer una solución lúcida y científica, que respete la condición máxima de lo humano: la libertad, de donde se derivan evidentemente, la dignidad y la responsabilidad.

Gloria M. Comesaña S.

BIBLIOGRAFIA

ALBERDI, Cristina y SENDON, Victoria. **Aborto sí o no**. Ed. Bruguera, Barcelona, 1977.

- BEBEL, August. **La Mujer en el Socialismo**. Gráfica Socialista, Madrid, 1929.
- BRITO, Bertha. **Los medios de comunicación en Venezuela**. Centro Gumilla Caracas, 1984.
- BROWNMILLER, Susan. **En contra de nuestra voluntad**. Ed. Planeta, Barcelona. **Against our Will. Men, Women and Rape**. Simon and Schuster, New York, 1975.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos. **Cuatro ensayos sobre la mujer**. Alianza Ed. Madrid, 1973.
- CARRERA DAMAS, Felipe. **El Comportamiento sexual del Venezolano**. Monte Avila, Ed. Caracas, 1974.
- **La pareja sexual venezolana**. Eds. Anafesi. Caracas, 1983.
- **La medicina de la Felicidad**. Ed. Gielomar. Cumaná, 1982.
- **¿Es usted un macho? El Machismo en Venezuela**. Eds. Seleveré. Caracas, 1980.
- COLOMINA, Marta. **La Celestina mecánica**. Monte Avila Eds. Caracas, 1976.
- COLLECTIF de Femmes d'Amérique Latine et de la Caraïbe. **Mujeres. Des Femmes**. Paris, 1977.
- MONOGRAFIA sobre **Derechos de la Mujer en Venezuela**. Despacho de la Ministro de Estado. Para la participación de la mujer en el desarrollo, Caracas, 1981.
- COMESAÑA, Gloria. **La alteridad, estructura ontológica de las relaciones entre los sexos**. Revista de Filosofía No. 3. LUZ Maracaibo, 1980.
- Análisis de las figuras femeninas en el Teatro Sartreano**. Cuadernos de Filosofía No. 6. Escuela de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación. LUZ, 1984.
- DARDIGNA ANNE - Marie. **La Presse "féminine"**. Fonction Idéologique. Maspero Paris, 1980.
- DE BEAUVOIR, Simone. **El Segundo Sexo**. Ed. Siglo XX. Buenos Aires, 1970.
- D'EAUBONNE, Françoise. **Les Femmes avant le Patriarcat**. Payot, Paris, 1977.
- Le Feminisme ou la mort**. Pierre Horay Ed. Paris, 1977.
- ENGELS, Federico. **El origen de la Familia, la propiedad privada y el Estado**. Ed. Progreso-Moscú, 1970.
- FIGES, Eva. **Actitudes Patriarcales, las mujeres en la sociedad**. Alianza Ed. Madrid, 1970.
- FIRESTONE Shulamith. **La Dialéctica del sexo**. Ed. Kairós, Barcelona, 1973.
- GARCIA GUADILLA, Nati. **Liberation des femmes**. le M.L.F. P.U.F. Paris, 1981. **Realité et utopie d'un mouvement de libération des Femmes en Amérique Latine**, en Les Temps Modernes No. 337-338. Agosto, Sept. 1974. p.2.723.
- Le "machisme", l'"hembrisme" et les mouvements de femmes en Amérique Latine, en Les Temps Modernes No. 388 Noviembre, 1978.
- GIANNINI BELOTTI, Elena. **A favor de las niñas**. Monte Avila Ed. Caracas, 1978.
- GUINCHARD, Ma. Therese. **Le "macho" et les Sudaméricaines**. Denoël - Gonthier, Paris, 1971.
- HALIMI, Gisele. **Choisir de Donner la vie**. Grallimard, Paris, 1979.
- IRIGARAI, Luce. **Speculum, de la otra mujer**. Ed. Saltis, Madrid, 1978.
- KOLLONTAI, Alejandra. **La mujer nueva y la moral sexual**. Ed. Ayuso. Madrid, 1976.
- KOFMAN, Sarah. **El Enigma de la mujer**. Ed. Gedisa. Barcelona, 1982.

- LARGUIA, Isabel, DUMOULIN, John. **Hacia una ciencia de la liberación de la mujer.** Fac. de Ciencias Económicas y Sociales, UCV, Caracas, 1975.
- LAYA, Argelia. **Nuestra Causa.** Equipo Editor, Caracas, 1979.
- LENIN, V.I. **Emancipación de la mujer.** Fondo de Cultura Popular EPASA, Lima.
- LOVERA, Ma. del Mar. **El Feminismo, expresión de una rebeldía.**
- La mujer en la Colonia. situación Social y Jurídica.** Julio, 83.
- Trabajos inéditos. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales Escuela de Trabajo Social UCV, Caracas.
- MARX K., ENGELS F., LENIN V. y otros. **La Emancipación de la Mujer.** Ed. Grijalbo México, 1970.
- MARTIN GAMERO, Amalia. **Antología del Feminismo.** Alianza Ed. Madrid, 1975.
- MATTELART, Michelle. **La Cultura de la opresión femenina.** Eds. Era. México, 1977.
- MILLET, Kate. **Política Sexual.** Aguilar México, 1975.
- MANIERI, Rosaria. **Mujer y Capital.** Ed. Debate, Madrid, 1978.
- MITCHELL, Juliet. **Psychnalyse et Féminisme.** Ed. Des Femmes. París, 1975.
- **La Condición de la Mujer.** Ed. Extemporáneos. México, 1974.
- MOTTINI - COULON, Edmée. **Essai d' Ontologie spécifiquement Féminine.** Vrin París, 1978.
- PETZOLDT, Tania y Bevilacqua Jacinta. **Nosotras también nos jugamos la vida. Testimonios de la mujer venezolana en la lucha clandestina. 1948-1958.** Ed. Ateneo. Caracas, 1979.
- PULIDO DE BRICEÑO, Mercedes. **La mujer y la reforma del Código Civil.** Ed. de la Presidencia de la República. Caracas, 1981.
- REED, Evelyn. **La evolución de la mujer.** Ed. Fontamara. Barcelona.
- **Sexo contra sexo o clase contra clase.** Ed. Fontama. Barcelona.
- ROWBOTHAM, Sheila. **Feminismo y Revolución.** Ed. Debate. Madrid.
- TROTSKY León. **La Mujer y la Familia.** Juan Plablos Editor. México, 1974.
- VARIOS AUTORES. **Oprisión y marginalidad de la mujer en el orden social machista.** Humanistas, Buenos Aires, 1972.
- La liberación de la mujer año cero.** Granica Ed. Buenos Aires, 1972.
- La Condition Féminine.** Ed. Sociales. París, 1978.